

MÁS CLASE MEDIA POR INGRESO NO ES PROSPERIDAD ESTRUCTURAL

LA CONFUSIÓN ENTRE BANCO MUNDIAL E INEGI-CONEVAL EN MÉXICO (2018–2024)

1

Introducción

En el debate público reciente sobre la evolución social de México se ha vuelto recurrente la afirmación de que el país experimentó un fortalecimiento significativo de su clase media durante el periodo 2018–2024. Esta narrativa suele apoyarse en estimaciones del Banco Mundial, que muestran una reducción de la pobreza por ingresos y un aumento de la población ubicada por encima de ciertos umbrales monetarios internacionales. A partir de estos datos, se ha construido un discurso que sugiere no sólo una mejora generalizada de la prosperidad, sino incluso el éxito estructural de la política social vigente.

Sin embargo, esta interpretación parte de una confusión conceptual fundamental: equiparar el crecimiento de la clase media por ingreso con la existencia de prosperidad estructural. El presente ensayo sostiene que dicha equivalencia es metodológicamente incorrecta y analíticamente engañosa. El aumento del ingreso monetario, aun cuando sea real y estadísticamente verificable, no implica necesariamente una transformación profunda de las condiciones sociales, productivas e institucionales que sostienen la prosperidad de largo plazo.

La confusión se agrava cuando los datos del Banco Mundial se utilizan como prueba del impacto directo de los programas sociales. Esta lectura ignora un hecho central: el Banco Mundial no mide política social, ni evalúa derechos, ni distingue el origen del ingreso. Sus indicadores capturan únicamente la capacidad monetaria de los hogares, expresada en términos comparables a nivel internacional. En consecuencia, vincular estos resultados con el asistencialismo constituye un error de atribución causal que distorsiona el diagnóstico y debilita el debate sobre desarrollo.

En contraste, la medición oficial de la pobreza en México, elaborada por el CONEVAL con base en información del INEGI, parte de un enfoque multidimensional que incorpora no sólo el ingreso, sino también el acceso efectivo a derechos sociales fundamentales como educación, salud, seguridad social y condiciones de vivienda. Desde esta perspectiva, la prosperidad no se define por la superación de un umbral monetario, sino por la consolidación de capacidades y garantías estructurales que permitan una movilidad social sostenible.

Las diferencias entre ambas mediciones no son triviales ni anecdóticas. Reflejan dos concepciones distintas de la prosperidad y, por tanto, producen resultados que no pueden ni deben interpretarse como equivalentes. Mientras el Banco Mundial ofrece una fotografía

del ingreso corriente, CONEVAL evalúa la arquitectura social que sostiene, o limita, la prosperidad de los hogares. Pretender que ambas mediciones confirmen una misma narrativa conduce a conclusiones apresuradas y, en muchos casos, políticamente interesadas.

Este ensayo se propone desmontar esa confusión. A partir de una lectura integrada de los datos del Banco Mundial y de la evidencia empírica basada en microdatos de la ENIGH, se argumenta que el crecimiento de la clase media por ingreso observado en el periodo 2018–2024 no puede atribuirse a los programas sociales, ni constituye prueba de una prosperidad estructural consolidada. Por el contrario, la evidencia muestra que la reducción de la pobreza respondió principalmente al aumento del ingreso laboral real, impulsado por la política salarial y la dinámica del mercado de trabajo, mientras que las transferencias públicas tuvieron un papel secundario y complementario.

Reconocer esta distinción no implica negar la utilidad de la política social, sino reubicarla en su justa dimensión. Confundir ingreso con prosperidad y asistencialismo con desarrollo no sólo empobrece el análisis, sino que compromete el diseño de políticas públicas orientadas al crecimiento, la productividad y la movilidad social genuina. En un contexto donde el discurso suele preceder a la evidencia, clarificar estos conceptos se vuelve no sólo un ejercicio académico, sino una necesidad política.

Tabla 1. Comparativo 2018 vs 2024 (porcentaje y millones de personas)

Indicador	Fuente	2018 (%)	2018 (millones)	2024 (%)	2024 (millones)	Cambio neto (millones)
Pobreza total (multidimensional)	CONEVAL	41.9	52.8	29.6	38.2	-14.6
Pobreza extrema	CONEVAL	7.4	9.3	5.3	6.8	-2.5
No pobre y no vulnerable	CONEVAL	26.5	33.4	32.5	41.9	+8.5
Pobreza por ingresos	Banco Mundial	35.5	44.7	21.7	28.0	-16.7
Clase media (≥17 USD PPA/día)	Banco Mundial	27.2	34.3	39.6	51.1	+16.8

Fuente: elaboración propia con datos del Banco Mundial e INEGI. **Población total considerada. 2018: 126.0 millones 2024: 129.0 millones**

La tabla resume, de manera integrada, la evolución de la pobreza y de la estructura social en México entre 2018 y 2024, utilizando dos sistemas de medición conceptualmente distintos: la medición oficial de pobreza multidimensional del CONEVAL y la medición de pobreza y clase media por ingresos del Banco Mundial. La inclusión simultánea de porcentajes y número de personas permite observar no sólo la magnitud relativa de los cambios, sino su impacto demográfico concreto.

Desde la perspectiva de CONEVAL, la pobreza total multidimensional se redujo de 41.9 % de la población en 2018 a 29.6 % en 2024. En términos absolutos, esto implica que 14.6 millones de personas dejaron de encontrarse en situación de pobreza, un avance social relevante pero que debe interpretarse con cautela. La reducción se explica tanto por la caída de la pobreza extrema, que disminuyó en 2.5 millones de personas, como por la reducción de la pobreza moderada. No obstante, el hecho de que en 2024 aún 38.2 millones de personas permanezcan en pobreza multidimensional subraya que los avances, aunque significativos, no representan una transformación estructural completa.

La misma medición muestra un aumento del grupo no pobre y no vulnerable, que pasó de 26.5 % de la población en 2018 a 32.5 % en 2024, lo que equivale a 8.5 millones de personas adicionales que lograron ubicarse fuera tanto de la pobreza como de la vulnerabilidad por carencias o ingresos. Este crecimiento es importante, pero sensiblemente menor al aumento de la llamada clase media por ingreso registrado por el Banco Mundial, lo que anticipa la diferencia conceptual entre ambas mediciones.

Desde el enfoque del Banco Mundial, los cambios aparecen más pronunciados. La pobreza por ingresos cayó de 35.5 % a 21.7 % de la población, lo que equivale a 16.7 millones de personas que superaron el umbral monetario internacional de pobreza. De manera paralela, la población clasificada como clase media por ingreso, definida como aquella con ingresos iguales o superiores a 17 dólares PPA diarios, aumentó de 27.2 % a 39.6 %, es decir, 16.8 millones de personas adicionales.

La simetría casi exacta entre la reducción de la pobreza por ingresos y el crecimiento de la clase media por ingreso ilustra con claridad el mecanismo subyacente: una proporción significativa de personas cruzó un umbral monetario, desplazándose estadísticamente de la categoría de pobreza hacia la de clase media. Sin embargo, este desplazamiento es estrictamente monetario y no implica, por sí mismo, una modificación de las condiciones estructurales que definen la prosperidad social.

Planteamiento de las diferencias conceptuales y metodológicas

La diferencia central que revela la tabla no es empírica, sino conceptual. Aunque ambas mediciones muestran una mejora entre 2018 y 2024, no están midiendo el mismo fenómeno, ni responden a la misma pregunta analítica.

El Banco Mundial mide ingreso monetario. Sus indicadores capturan la capacidad de consumo de los hogares en un momento determinado, ajustada para permitir comparaciones internacionales. Por ello, el crecimiento de la clase media por ingreso refleja que más personas superaron un umbral monetario, independientemente de la estabilidad de ese ingreso, su origen o su vinculación con derechos sociales. En este marco, una persona puede ser considerada clase media aun cuando carezca de seguridad social, tenga un empleo informal o enfrente alta vulnerabilidad ante choques económicos.

CONEVAL, en cambio, mide prosperidad estructural en sentido amplio, al combinar ingreso con carencias sociales. La categoría “no pobre y no vulnerable” exige no sólo

superar una línea de ingreso, sino también carecer de privaciones estructurales. Por ello, su crecimiento es necesariamente más lento y exigente. El hecho de que este grupo haya aumentado en 8.5 millones de personas, frente a los 16.8 millones de incremento de la clase media por ingreso del Banco Mundial, no contradice el avance observado; revela que una parte sustancial de quienes mejoraron su ingreso sigue careciendo de protección estructural.

En este sentido, la tabla muestra con claridad el núcleo del argumento del ensayo: más clase media por ingreso no equivale a prosperidad estructural. El ingreso puede mejorar sin que se consoliden derechos; la pobreza monetaria puede reducirse sin que desaparezca la vulnerabilidad social. Confundir estos planos conduce a una sobre interpretación de los datos internacionales y a una atribución indebida de los avances observados a los programas sociales.

En síntesis, la tabla no presenta indicadores contradictorios, sino niveles distintos de exigencia analítica. El Banco Mundial registra una mejora monetaria real; CONEVAL evidencia los límites estructurales de esa mejora. Leída correctamente, la evidencia no prueba el éxito del asistencialismo, sino una mejora económica parcial, todavía insuficiente para hablar de prosperidad estructural consolidada.

Evidencia por partes

I. El error central del debate: confundir ingreso con política social

El primer problema del discurso público consiste en asumir que toda mejora en indicadores sociales es consecuencia directa del gasto social. Esta premisa es incorrecta desde el punto de vista económico y estadístico.

Los programas sociales son mecanismos de transferencia, no de generación de ingreso permanente. Pueden estabilizar el consumo, reducir volatilidad o aliviar privaciones inmediatas, pero no transforman la estructura productiva ni el ingreso de largo plazo de los hogares. Atribuirles la reducción de la pobreza o el crecimiento de la clase media implica desconocer cómo se construyen estos indicadores.

II. Qué miden realmente los datos del Banco Mundial

El Banco Mundial utiliza una medición estrictamente monetaria de la pobreza y de los estratos sociales. Su unidad de análisis es el ingreso per cápita diario, expresado en dólares ajustados por paridad de poder adquisitivo (PPA). El objetivo de esta metodología es permitir comparaciones internacionales homogéneas, no evaluar políticas sociales nacionales.

Bajo este enfoque:

- La pobreza se define como un ingreso inferior a determinados umbrales internacionales.
- La “clase media” se identifica como la población que supera un umbral mínimo de ingreso (por ejemplo, ≥ 17 USD PPA diarios).

- No se consideran carencias sociales, acceso a derechos, calidad de servicios públicos ni origen del ingreso.

En consecuencia, cuando el Banco Mundial reporta un aumento de la población con ingresos de clase media, no está afirmando que esa población tenga seguridad social, educación garantizada o vivienda adecuada, ni mucho menos que haya salido de la pobreza gracias a programas sociales. Simplemente constata que su ingreso monetario supera un umbral internacional.

III. Qué mide INEGI y por qué no coincide

En contraste, la medición oficial de pobreza en México responde a un enfoque multidimensional. Para CONEVAL-INEGI, una persona es pobre cuando:

1. Su ingreso es inferior a la línea de bienestar, y
2. Presenta al menos una carencia social (educación, salud, seguridad social, vivienda, servicios básicos o alimentación).

Este sistema mide derechos efectivos, no solo capacidad de consumo. Por ello:

- No utiliza el concepto de clase media.
- Penaliza la informalidad, la falta de seguridad social y la precariedad estructural.
- Está diseñado para evaluar el desempeño del Estado en materia social.

Desde esta lógica, una persona puede no ser pobre según el Banco Mundial y, al mismo tiempo, ser considerada pobre o vulnerable por CONEVAL. Esto no es una contradicción: es una diferencia conceptual.

IV. La evidencia empírica: qué explica realmente la reducción de la pobreza

El documento *Determinantes reales de la reducción de la pobreza en México (2018–2024)*, elaborado con micro datos de la ENIGH en la Fundación Rafael Preciado Hernández, permite ir más allá de la discusión conceptual y responder empíricamente a la pregunta central: ¿qué factores explican la reducción de la pobreza?

Los resultados son concluyentes:

- Más del 60 % del crecimiento real del ingreso per cápita provino del trabajo asalariado y del negocio propio.
- Las transferencias gubernamentales explicaron alrededor de 11 % del crecimiento total del ingreso.
- En ejercicios de simulación contra factual:
 - El aumento de los salarios reales por sí solo habría reducido la pobreza en 7.16 puntos porcentuales (casi 9 millones de personas).

- El incremento de los programas sociales habría reducido la pobreza en 2.97 puntos (alrededor de 3.7 millones).

Estos resultados demuestran que el impacto del salario fue más del doble que el del asistencialismo.

V. Por qué los programas sociales no explican los datos del Banco Mundial

6

Desde un punto de vista económico, es incorrecto vincular los datos del Banco Mundial con los programas sociales por al menos cinco razones:

1. El Banco Mundial no distingue el origen del ingreso: salario, negocio, remesas o transferencias se contabilizan igual.
2. Las transferencias sociales representan una fracción menor del ingreso total de los hogares.
3. Su efecto es mayormente transitorio, no estructural.
4. No generan formalidad ni derechos sociales.
5. Si fueran el factor dominante, su peso en el crecimiento del ingreso sería mayoritario, lo cual la evidencia descarta.

Por tanto, el crecimiento de la población con ingresos de clase media reflejado en los datos del Banco Mundial no es evidencia del éxito de la política social, sino del comportamiento del ingreso laboral.

VI. Interpretación integrada: ingreso sí, transformación social incompleta

La lectura conjunta de ambas mediciones muestra un patrón coherente:

- Los ingresos mejoraron de manera significativa.
- La pobreza se redujo, pero no al mismo ritmo en términos de derechos sociales.
- La clase media por ingreso creció, pero sigue siendo frágil y vulnerable.

Esto implica que México experimentó una mejora económica parcial, no una transformación social plena.

VII. Implicaciones políticas

Desde una perspectiva de política pública, esta evidencia obliga a replantear la narrativa dominante. El progreso social no se construye con transferencias permanentes, sino con:

- empleo formal,
- salarios reales crecientes,
- productividad,

- inversión,
- y derechos sociales vinculados al trabajo.

Los programas sociales pueden y deben existir, pero como red de protección temporal, no como eje estructural del desarrollo ni como sustituto del ingreso laboral.

Conclusión

7

Las diferencias entre los datos del Banco Mundial y de CONEVAL-INEGI no tienen que ver con programas sociales, sino con lo que cada medición observa. El Banco Mundial mide ingreso; CONEVAL mide derechos. Confundir ambos planos conduce a interpretaciones equivocadas y a narrativas políticamente convenientes, pero empíricamente insostenibles. La reducción de la pobreza en México entre 2018 y 2024 fue, fundamentalmente, un resultado del trabajo, los salarios y la actividad económica, no del asistencialismo. Reconocer esta distinción es indispensable para diseñar una política social responsable, orientada a la prosperidad y no a la dependencia.